



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS

DIRIJIDA

POR VICTOR CABALLERO Y VALERO.

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio Maria.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don Joso Maria.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofri y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Salvochea don Fermin.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

ENTERARSE BIEN.

Segun tengo ofrecido hace tiempo, este número del *Sancho* debió salir el día 8 de este mes. Pero es el caso, señores, es el caso que el loquisimo de Febrero ha dado al traste con el juicio del año y con el juicio de los cajistas. No se puede tener la imprenta abierta durante los tres días de Carnaval.

Las comparsas que recorren las calles, los hijos de Baco que se visten de máscaras, las beatas sin devoción que alborotan y las jóvenes que chillan, penetran en la imprenta, vuelven locos á los cajistas, y distraen á los redactores de sus penosas tareas: ¿qué se hace? Pun!!

cerrar la puerta y á la calle. Si se estudia la cuestion por otro lado se verá que es imposible que los suscritores lean con el sosiego que requiere una publicacion tan importantísima como esta, con el bullicio y la jaqueca que son consiguientes en estos días. *Sancho* se interesa mucho por la salud de sus suscritores y no ha querido que pasen tan mal rato.

Pasó el carnaval, volvió el sosiego y salió el periódico; esta es la marcha. Sin embargo, dispensen ustedes la tardanza. No es posible que en el mes de Febrero se hagan las cosas como Dios manda y la civilizacion del siglo exige.



¿Me conoces?

EL CARNAVAL EN ESQUELETO, LA SOCIEDAD SIN CARETA.

- ¿Me conoces?
- ¡Ya lo creo!
- ¿Quién soy?
- Un bestia.
- Pícaro, que olfato tienes.

Si yo tuviera el magnífico globo de Mr. Godard, que salvó la vida al Emperador de los franceses sin que Napoleon se enterara, me elevaria al origen del carnaval, y como quien no quiere la cosa daría un paseito por la noche de los tiempos.

Después hechándola de filósofo, y de hombre que sabe en que sitio tiene las narices, trataría de probar que era un investigador de á folio y hablaría de Augusto, de las Saturnales, de Calígula, y metería en la colada á la fecunda Cibeles cuando le daba de comer á su bruto esposo, una porción de adoquines envueltos en mantillas. Con todo esto, meluciría y al verme habrían de decir mas de cuatro:—¿ves á ese hombre? Pues ese es un sábio! ¡Oh! poder de las reputaciones fáciles!

Sería un proceder indigno de mí, el desesperar al lector con citas impertinentes acerca del origen del Carnaval, cuando es fácil probar que el mundo es un Carnaval perpétuo y la sociedad una mascarada que estudiándola concienzudamente causa risa y llanto á la vez.

La sociedad se viste de máscaras todo el año y solamente se despoja de su traje risible en esos tres endiablados dias en que se miente á sabiendas y se engaña menos.

El carnaval es un pretesto inocente: cuando la sociedad cree que goza es cuando sufre, porque el engaño se quita la careta y miente á las claras como una muger que ha perdido el pudor.

Yo tengo la endiablada costumbre de entregarme á la tristeza en estos dias en que todo el mundo está

alegre: así es, que cuando la sociedad se viste con el asqueroso traje de la mentira, yo me pongo el pobre y roto manto de la verdad, cojo mi libro de memoria y salgo por esas calles de Dios dispuesto á escribir con la mejor buena fé del mundo mis impresiones. Como la mayor parte de la familia humana anda disfrazada de máscaras no temo que nadie me engañe: solamente en los tres dias de Carnaval creo á mis semejantes.

Estos me engañan todo el año y yo los engaño á ellos solamente en las fiestas de Carnaval.

Verán ustedes como:

Doña Rosa Camaleon, es una de esas jamonas que quieren poseer una juventud permanente á todo trance y que se dan de sopapos todos los dias con su enemiga la vejez.

Su difunto hermano le dejó al morir una modesta fortuna, la cual ha disipado Doña Rosa en cosméticos, dientes postizos, malakof de vallas y flores contrahechas. Ella dice que es rica, pero yo sé muy bien que doña Rosa no tiene mas caudal que sus galas antiguas y sus cincuenta y siete años y pico.

Una multitud de jóvenes bien educados pero sin carrera ni dinero, persiguen constantemente á Doña Rosa y se disputan el doloroso placer de obtener su blanca mano. Doña Rosa rabia por un marido, es acérrima partidaria del Dios *Himenéo*, y la desespera la palabra *castidad*. Pero como doña Rosa sabe que es pobre, como no ignora que la pobreza y la vejez son los fantasmas que asustan á la juventud, se finge la desdeñosa y logra de este modo engañar á sus alucinados adoradores.

Llega el Carnaval y llega la felicidad para doña Rosa, se disfraza de joven, acude á los bailes, y conoce que es la única vez en su vida en que un Garrido Garzon le paga la cena. Pasa el Carnaval y pasa la felicidad para doña Rosa.

La careta de albayalde, reemplaza á la careta de carton. Hé aquí probado que para doña Rosa todo el año es Carnaval.

Vean ustedes á Arturo, eslo que se llama un hombre de gran tono, un vividor; dice que descende de una de las familias mas nobles de España, se precia de hablar todos los idiomas menos el castellano; debe al sastre, al almacenero, al mueblista, al fondista, y á las cinco mil virgenes: huye de sus deudores, y adula á la *sociedad afortunada*, es decir á las *gentes ricas*, habla con desprecio del pueblo y lo llama *populacho ruin*; llegó el Carnaval y se disfraza de hombre honrado, temiendo que los que llevan antifaz, le hablen de sus vicios ó de sus trampas y sus ridiculezes.

Para Arturo el Carnaval es el cólera de la civilización.

Pues ¿á donde me dejan ustedes á Marta?

Marta es casada con un honrado capitán de un buque mercante. Marta ha reñido con la honradez hace tiempo, y se ha entregado en los brazos de un miserable vagamundo que tiene cabellos rizados, blancos dientes y un amor al vino sin limites. Marta lo adora, su esposo es un hombre de bien y Marta necesita el amor de un pillo para comprender el amor á su manera.

Durante la ausencia de su esposo Marta vive feliz, con el dinero que gana el marino, viven Marta y el amante.

Cuando el capitan está en tierra Marta cubre su rostro con un antifaz indigno de la virtud y engaña á su marido como doña Rosa engañó á su compañero de baile.

Para Marta todo el año es Carnaval-

No hablo de los literatos nécios porque estos se engañan á sí mismo: no hay peor enemigo que la presuncion, ni mas mal consejero que el amor propio. La coqueta que brinda el dolor en la copa del placer, el comerciante que *quiebra* quedándose con el caudal *entero* de los que le confiaron sus fortunas, el poeta que vende sus inspiraciones por un pedazo de queso, el pretaamista que engaña á su padre y se queda mas fresco que una lechuga, el actor dramático que no sabe gramática. ¿Qué son sino *mascarones* ridículos que afligen á la sociedad? Qué son sino los frutos podridos de este baile de máscaras que se llama mundo?

Acostumbrados la mayor parte de los vivientes á estar de máscaras todo el año, puede decirse que el carnaval cada vez está mas pobre.

En Cádiz el carnaval no es carnaval, es el fin de la tontera y el principio del desaliento.

Pocas comparsas y malas, un tablado en la plaza de San Antonio que parecia un patíbulo para dar garrote al Carnaval. Otro tablado de la plaza de Isabel II, que de puro tonto se reia de sí mismo, varios gigantes y enanos, recorriendo las calles de la poblacion, y horrorizando á las personas sensatas de la ciudad. Muchos bailes de máscaras sin máscaras, un cristiano vestido de moro por fuera y de *turco* por dentro, una beata dándole el brazo á un majo rondeño y hablando en *caló*.

Muchos pobres, pidiendo limosnas, muchos trabajadores sin trabajos, y muchas familias vestidas de luto.

Hé aquí el fruto de mis observaciones durante los tres mortales dias de Carnaval.

El año que viene quizás no haya máscaras.

Puede que el Ayuntamiento tenga fondos y entonces ya verán ustedes si nos divertimos.

SANCHO PANZA.

CREO EN DIOS.

BALADA.

I.

—Niña, que sientes?

—Pesar.

—Quien lo motiva?

—Un ingrato.

—Y no te ama?

—Insensato!

—Cual es tu suerte?

—Llorar.

—No llores, niña preciosa, que al mal que á tu pecho alcanza aun le resta la esperanza que alivie tu pena odiosa.

II.

—Que te aflije?

—Desconsuelo.

—Tiene cura?

—Con la vida.

—Cual es tu ilusion?

—Perdida.

—Tan pronto?

—Volese al cielo.

—Procura, niña, olvidar pena que tanto te aflije, que el mal que no se corrige es difícil de curar.

III.

—Qué te inquieta?

—La tardanza.

—Esperas algo?

—La muerte.

—¿Tú, morir!

—Esa es mi suerte.

—¿Tan jóven!

—Sin esperanza.

—Horrenda es la calentura que tu cerebro enloquece; la muerte solo engrandece la paz de la sepultura.

IV.

—Palideces?

—De agonía.

—Olvida, pues,

—Vano intento.

—Escucha...

—Llegó el momento.

—Suspiras?

—El alma mia.

—No temas que te abandone, pobre niña, solitaria, que uniré á tí mi plegaria para que Dios te perdone.

V.

Entre los pliegues dei viento envuelto en célica nube, al cielo piadoso sube, el llanto del sufrimiento.

Y el mártir de la agonía al exhalar el quejido de su corazon herido esta palabra decia.

“Recemos juntos los dos con grave dolor profundo; todo es mentira en el mundo La verdad se encierra en Dios.”

JOSÉ DE ARCOS Y PEREZ.

IMPROVISACION

EN LA NEVERIA ITALIANA.

Voy á escribir un artículo terrible.

Estamos en pleno carnaval y me siento inspirado.

Por eso voy á trazar la fisiologia de la muerte.

Ninguna cosa mas natural que hablar de la muerte en un tiempo en que la vida se sale por todos los poros.

El director de SANCHE dice que se murmura de mí.

—Porqué?

—Porque siendo vlejto, escribo cosas de niño.

El director de SANCHE debetener razon.

Yo conozco que el corazon tiene tambien sus arrugas y sus canas.

Las arrugas son los dolores pasados.

Las canas, las ilusiones perdidas.

Yo he sufrido muchos dolores; pero he conservado todas mis ilusiones.

Por eso creo en el amor cuando todo el mundo se mofa de este sentimiento.

Creo en la amistad, otro sentimiento que se ha hecho ridículo en este siglo incrédulo.

Y creo en la virtud, que anda por todas partes y nadie quiere tropezar con ella....

Pero dije que iba á escribir de la muerte.

¿Sabeis lo qué es la muerte? La terminacion de la vida.

Y qué es la vida?

Todo el mundo dice que es una prolongada agonía.

Luego debe ser muy grato morir.

—¡Morir! escosa terrible!...

Ahora recuerdo que todos llevan careta y á nadie debe creerse lo que dice.

Es cosa terrible el morirse uno propio.

No lo es tanto el que se muera su mujer.

Mucho menos el que se muera su suegra.

Es lástima para su familia que muera el vecino.

En un lugar inmediato he muerto un hombre.—Es una cosa indiferente.

Otro se ha muerto en Francia.—¿Qué importa?

Si es en Rusia, mucho menos.

En la China... Bah! ¡vous vous moquez!

Luego la muerte no es un mal absoluto, sino relativo. Mientras mas se acerca al yo mas lo sentimos.

Por eso los vecinos de Cádiz y probablemente todos los habitantes del mundo civilizado se entregan hoy á una especie de vértigo que se parece mucho á la felicidad; y es que quieren olvidar la muerte.

He visto ojos divinos sombreados por largas pestañas asomados á las aberturas de las caretas.

El aire de norte ha levantado algunos velos de tefany se han mostrado rostros encendidos por la alegría; y la respiracion comprimida, y cabellos mágicamente prendidos, empapados de esencias.

Y esos ojos y esos semblantes han de marchitarse al helado soplo de la muerte.

El año que viene, por este mismo dia, los gusanos del féretro habrán devorado algunas de esas bellezas.

Pero una idea chistosa viene á cruzarse con esta idea fúnebre.

Muchas de esas personas son desgraciadas y darán chasco al mundo, abandonándolo para que se divierte con otros.

La muerte es á veces una hada bienhechora que viene á derramar el bienestar en una familia.

Se muere un rico tacaño, y por un esfuerzo supremo de generosidad, deja á sus sobrinos pobres, los bienes que no puede llevarse.

La muerte que siega la pura garganta de una virgen, arrebatada del mundo algunos hombres que son el azote de la humanidad.

Los que tienen la conciencia tranquila porque han practicado la virtud, mueren sonriendo. Y su sonrisa es la sonrisa de la eterna felicidad.

Hay quien se muere á regañadientes. Y son los que están muy apegados á los bienes de la tierra; esos cadáveres ponen una cara ridícula.

Una aureola de gloria ilumina la cabeza del genio cuando ha dejado de existir; la inmortalidad ha impreso en ella su sello.

La muerte es necesaria á la vida.

Que no ezeandalice esta paradoja.

Las plantas no se reproducirían si sus propios despojos no feneudizasen la tierra.

Los despojos mortales del hombre se descomponen y cada sustancia se une á los cuerpos semejantes que en el gran laboratorio químico de la tierra sirven para la composicion de nuevos cuerpos.

El alma vuela á cumplir los destinos de la providencia....

Mas ahora recuerdo que escribo en un café y que no debo ser muy circunspecto.

Quisiera hablar de muchachas y de placeres al escuchar la deliciosa infernal algazara de las máscaras que alborota la ciudad.

Pero me detiene la voz fatídica del director que me dice sin esperar al miércoles próximo.

Memento homo qui pulvis etc.

Pago pues, y entrego al cajista estas cuartillas para

mostrarle que cuando se trata de cumplir un deber de amistad soy un hombre de juicio.

Dr. PERO-RECIO.

ADIOS AL CARNAVAL,

El mundo todo es máscara,
todo el año es Carnaval.

(FIGARO).

Pasó el Carnaval festivo,
que todo en el mundo pasa
y de vigílias y ayunos
con la cesta bien cargada,
la vieja cuaresma viene
á llamar á nuestra casa.
¡Cuantos, ¡ay! habrán perdido
en el baile y la algazara,
sus ilusiones de ayer,
sus mas bellas esperanzas!
¡Ah! ¡cuantos hallar queriendo
tras la careta malvada
una Diana cazadora,
una Vénus bella y lánguida,
la faz horrible habrán visto
de mómia sexagenaria!
Mas como la suerte nunca
con todos se mnestra huraña,
otros en cambio, gozosos,
recordarán las pasadas
noches de zambra y bullieio,
para el que *pesca* muy gratas;
pero crueles, fatales,
para el que no *pesca* nada,
y alfoja, humilde la bolsa
y con ella alfoja el alma.
Huyó el Carnaval: su ausencia
parecerá á muchos larga;
mas á mi me importa un bledo
que se venga ó que se vaya.
Sea carnaval ó cuaresma,
haga calor ó haya escarcha,
siempre ha de haber en el mundo
disfraces y mogigangas;
hombres con nota ó sin ella,
mugeres de rompe y rasga,
maridos de tomo y lomo,
esposas *tiernas* y *castas*,
y amigos habrá que tengan
caretas en vez de caras.
Huyó el Carnaval; mas deja
tras sí su perpétua farsa,
y gran cosecha de tontos,
y de *sábios* una carga.
Huyó el carnaval; recuerdos
de amor dejando en las almas,
recuerdos ¡ay! que se tornen
tal vez en ardientes lágrimas.
Mas yo que dichoso miro,
en mi tranquila morada,
pasar el tiempo, y que dejo
correr mi existencia en calma,
nada me importa á fé mia
que el carnaval venga ó vaya;
máscaras hay todo el año
y se encuentran sin buscarlas,
que todo es farsa en el mundo,
y todo en el mundo pasa,
cual desaparecen las hojas
que el aquilon arrebató.

Ginés de Pasamonde.

FELICIDAD CONYUGAL.

(CONCLUSION.)

Mi hombre sin reparar en pelillos encasquetó el brasero sobre el cráneo de Maria, tras del cual fué la tarima, mesa, sillas, etc.

La encendida Mariquita permaneció un momento aturrida, sin comprender tan bárbara agresión pero un golpe certero le devuelve su razón y bríos. Uno tras otro envía los muebles á su marido, empeñándose la batalla con fé de corazón.

Yo atrincherado en un ángulo y con una silla por parapeto gritaba á los combatientes, ¡señores por Dios!... ¡qué dirá el vecindario... vamos fulano... nada de barbaridades... Mariquita, cálmese usted!

Que si quieres; mis gritos eran lo mismo que aumentar leña en un incendio. Por supuesto que las acciones terminaban siempre por la intrepidez de mi amigo, que lanzándose al asalto por el cuello y piernas á su enemigo y convirtiéndole en ariete operaba contra él mismo resuelto á practicar brecha.

Entonces acudí yo sin temor á los proyectiles por arrancar su presa al vencedor.

—Ayúdeme usted, la llevaremos á lo cama.

—Quién, yo? si fuera al campo santo iría bailando y vestido de arlequin.

—Solo no puedo con ella.

—Tírela usted al suelo, que ya resucitará para mi desgracia.

—No sea usted así.

—Le digo á usted formalmente que ese diablo va á ser causa de que me den garrote... como hay sol.

—Es usted atroz.

—Como lo oye usted, que la degüello un día.

—Ya vuelve en sí.

—Lo vé usted, si yerba mala nunca muere...

Poco tardó Mariquita en reponerse demostrando estar confeccionada á prueba de golpes; á macha-martillo...

—Infame, mal caballero... golpear á una mujer...

—Y si tú no eres mujer, eres un dragon, un diablo, en fin... la comida.

Y como si tal cosa hubiera acontecido sentábanse á la mesa, donde es preciso confesar que reinaba la mayor tranquilidad, sin que una palabra ni un gesto vinieran á apartarlos de su importante ocupación; ámbos tenían buena mano izquierda, gran saque.

Después de llena la bilda y levantados los manteles se cruzaba alguna que otra indirectilla, fuego de guerrilla y que despreciaba mi hombre por aquello de que «con el estómago repleto las ideas adquieren solidez» así que imperterrito, hasta con aire sentimental, cogía el sombrero é iba lejos del hogar doméstico á hacer la digestión.

Cuando Mariquita se encontraba valiente, dispuesta para bromas, hasta brava, era por las noches: quiero decir, por las madrugadas, á cuya hora se retiraba del juego mi amigo hablando solo y en voz alta por esas calles de Dios... pero sin una peseta.

Siempre daba unas vueltas por la ciudad antes de entrar en su casa y no porque estuviera prestando el servicio de ronda, sino para adquirir suficiente fuerza de voluntad y no echar la barredera.

Para un hombre de carácter violento, que ha perdido hasta el último maravedí y que ignora como podrá buscar para la pitanza del siguiente día tiene muy pocos atractivos y ninguna gracia al encontrarse parapetado al enemigo.

No crean mis lectores que Mariquita rompiera las hostilidades en el momento de presentarse su marido; era estratégica y sabía con sus maniobras adquirir ventajas antes de presentar la batalla.

Por el pronto aguardaba cautelosa que mi hombre se acostara; este tardaba poco en efectuarlo, pero siempre silvando: una vez poseionado del lecho cerraba los ojos, hasta roncaba, buscando por este medio distraer al

enemigo; que conociendo el terreno desplegaba las guerrillas.

—Bonita hora de venir ¿y de dónde? de seguro que del juego... y por supuesto que sin una peseta.

Tan agresiva interpelación era acompañada de un minucioso registro que daba por consecuencia sacar las manos de los bolsillos del pantalón, como entraron; sin contraerse un nervio.

—Sepamos que se come hoy, so tuno.

Y al mismo tiempo destapaba á su entusiasmado marido que parodiando á D. Quijote menudeaba (en vez de tajos y mandobles) puñetazos al aire, gritando;

Si me levanto, no te dejo hueso sano grandísima...

—Diga usted, grandísimo pillo, ¿con qué dinero se vá á la compra?

—Maria, déjame dormir.

—Es de día.

—Mira que tengo mala sangre.

—Y yo peor.

—Que te descoyunto.

—Lengua.

—No me dejas?

—No; dinero...

—Conque nó.

—No soldadote, tramposo.

—Pues aguarda.

Y lanzándose de la cama corrió en busca de la espada. Mariquita se acoje á sagrado debajo de la cama, pero empeño inútil, porque mi hidrófobo amigo emprende la estradicción con toda la suavidad de su bello carácter.

—Sal ó te embanasto.

—Por Dios, por tu madre.

—Ríndete á discreción.

—Piedad.

—No hay cuartel.

—Por la virgen santísima.

Vivo... que me corro á fondo.

Sintiendo María el frío del hierro en su cuerpo y convencida de que no había tiempo de parlamentar se decidió á rendirse, pero en vez de asomar primero la cabeza, presenta una pierna en la que hizo presa el sitiador, sordo á los gritos y lamentos de la víctima y sin temor de fractura.

—Perdóname, Juanito.

Juanito hecho un basilisco arrastra siempre á Mariquita hasta depositarla en medio de la habitación donde se entrega á sota-voces, pero lleno de entusiasmo á un solfeo que ya... Cuando el hombre en su inconsecuencia se cansó de solfear volvió al lecho; por supuesto que mas aliviado; y sin tardar cinco minutos en oírse sus ronquidos en el vecindario, y sin temor de que su agraviada consorte buscara el desquite.

Lo que hizo la pobrecita al resucitar fué coger la palmatoria, y al resplandor de la prosáica vela de sebo comenzó á inspeccionar las sombras y no chinescas que pululaban en el mapa de su cuerpo; sobre el cual no podía colocarse un dedo sin tropezar con algun cardenal; pero como, que los había con honores de pontífices.

Enumerar las maldiciones y agudezas producidas por la crecida lengua y fecunda imaginación de la agraciada sería costoso, así que por economía suprimiremos la parte clara y oscureciendo en el lecho á los protagonistas, por supuesto que de espaldas; dejemos á nuestros lectores libres para calcular cuanto se les antoje.

Juanito y Mariquita permanecieron tranquilos en la apariencia algunas horas, entregados á Morfeo, viniendo algunos ensueños agradables á borrar la tormenta pasada. Ambos soñaron que enviudaban, que velaban el cadáver de su compañero; pero despertaron cuando debía salir el entierro, se vieron; y suspirando murmuraron ¡¡fué un sueño!!

Sin dirigirse la palabra se vistieron tomando la puerta sucesivamente uno hácia el cuartel, la otra en casa de la coronela, á quien enseñó gimoteando las pinturas que embellecían su magullado cuerpo.

Que mujer por años de constancia que posea é infidelidades haya cometido, no se irrita con semejantes vistas,

y protesta contra el sexo enemigo? todas, obsecadas ó egoistas, se pronuncian en masa y alborotan, ocasionando á veces catástrofes ridículas.

Mi señora coronela que además de mujer era literata y pescadora, entró en el despacho de su marido derribando cuanto encontró á su alcance. Mi hombre gran contemporizador y débil hasta la ridiculez tuvo para calmar la furia de su consorte que tomar cartas en el asunto y proceder contra el oficial apaleador.

Conducido este á la presencia de su jefe, oyó una filípica que si bien carecía de consonantes afectaba al individuo de una manera tétrica; filípica de muchísimo mérito que hubiera conmovido á los usureros en siglos anteriores pero exasperante en el actual. y mucho mas pronunciada á un individuo de bolsillo escuálido, á un Prudhonista insensible y sin otras creencias que las metafísicas. Así que con bastante entereza le contestó

Señor Coronel, cuando falte en algun asunto del servicio podrá usted reprenderme y castigarme con arreglo á ordenanza; lo cual no lo autoriza á usted para mezclarse en asuntos de familia; y ahora mismo vuelvo á mi casa para obsequiar á mi mujer con una felpa que seguramente pierde las ganas de quejarse otra vez.

—Se guardará usted muy mucho, señor Oficial.

—Puede usted pedir informes dentro de diez minutos.

Y á la carrera llegó á su casa donde María aguardaba ufana la llegada de su marido creyéndolo arrepentido y castigado, así que con risa sarcástica y ademan insolente le salió al encuentro diciendo con sorna.

—Parece maridito que has pisado mala yerba.

Mi hombre sin darse por aludido depositó sombrero y espada sobre la mesa y con el mismo silencio envió á su mujer debajo de las sillas, de una bofetada de las de cuello vuelto; despues dió un paseo militar por sus costillas, aconsejándola.

—Anda; dile al Coronel que te maltrato, corre, vuela.

¡Oh! el matrimonio! ¿dónde se encuentra felicidad parecida? ¡Y que no hay cartas de casados! Se encuentran condescendientes hasta el extremo de caérseles la baba cuando ven á su costilla acorralada por una jauría de sabuesos; otros que no pueden vivir separados del íntimo amigo de la señora: sin contar para concluir pronto con los que especulan con la belleza de su mujer.

En fin, á qué cansarme con digresiones inútiles si el predicar en desierto es sermón perdido, nada, amigos míos, casaos, pero pronto, antes que se acabe el género y buenas noches, porque tengo sueño y no quiero escribir mas por hoy.

Conque, así, abur y hasta la siega.

MADRID 1864.

AMABLE ESCALANTE.

¡Ay! Pasó.

—Qué frio hace! en otros dias yo al tiempo desafiaba...

—Yo al calor de las orgías ni en tardes ni en noches frias el tiempo me acobardaba.

—Veinte años! qué hermosa edad! cada afecto una pasión...

—Mercedes, todo ilusión!

Entonces la voluntad ardía eu mi corazon.

—Acentos de amor estraños llegaban á mis oídos.

—Hoy lloras tus desengaños.

—¡Ay! veinte años!—¡Ay! veinte años!

—Pasados!—No tal. ¡Perdidos!

—Hoy adornan mi cabeza estas canas.—Y yo siento que á helárseme el alma empieza.
Ay mi amor!—Ay mi belleza!
—¡Todo viento!—Todo viento!

—Un dia el mundo admiró los triunfos de mi hermosura y el mundo al fin me olvidó..
Qué ingratitud!—Qué locura!
Pasó la edad.—Ay! pasó.

Hace mucho frio, Antero.
—Sí, Mercedes, mucho frio!
—Cuántas ilusiones!—Cero.
—¿Que nos deja el hado impío?
—Otra ilusión.... el brasero.

VALENTIN GOMEZ Y GOMEZ.

Madrid Febrero 1864.

TEATRO PRINCIPAL.

POLIUTTO Y BENEFICIO DE LA SEÑORA PENCO.

Con la mayor impaciencia aguardábamos la primera representacion del *Poliutto* y á decir verdad nos asistian para ello dos razones poderosísimas, á saber: ser una de las mas bellas partituras de Donizetti, y haber alcanzado en ella la eminente artista señora Rosina Penco, uno de sus mas legítimos triunfos en todos los principales teatros de Europa y con especialidad en el teatro italiano de París. En una de nuestras revistas anteriores dijimos que la Penco *con ese talento maravilloso que posee, sabe arrancar los mismos aplausos espontáneos en Lucrezia, Norma y Semiramis que en Trovador, Rigoletto ó Traviata*; hoy que el público de Cádiz ha podido ya juzgarla en la mayor parte de estas obras, habrá sabido apreciar la verdad de nuestro juicio, como asimismo comprender que si en alguna de ellas el conjunto no ha satisfecho completamente, por estar encargada la ejecucion á artista cuyas facultades no eran las mas apropiadas para el desempeño de ciertas partes, como por ejemplo, en la *Lucrezia*; no por eso han dejado de brillar, como siempre, en todo su esplendor, el génio y la inspiracion de la eminente artista.

Algunos seres mezquinos, de raquílica inteligencia y mal intencionados, han querido empañar con su emponzoñado aliento el limpio cristal de su fama; pero sus necios argumentos se han estrellado ante el buen juicio y sensatez de todas las personas ilustradas de nuestra poblacion; por lo tanto, podemos decirles con satisfaccion en nuestro nombre y en el de toda la prensa europea; que á pesar de sus juicios desfavorables ni ella ni nosotros hemos variado ni variaremos en nuestra opinion respecto al mérito artístico de la señora Penco; que antes de escribir artículos de critica musical debieran aprender siquiera los primeros rudimentos de tan difícil arte, para no incurrir en tan gravísimos errores, hijos tanto de su ignorancia cuanto de su mala fé y por último, que si alguien ha salido perjudicado, con sus escritos, han sido ellos mismos que se han cubierto del ridículo mas espantoso, pues como dice aquel adagio español, quien al cielo escupe encimale cae.

Pero nos hemos separado de nuestro principal objeto al escribir esta revista, así pues, entraremos en materia.

La Paulina del *Poliutto* es una de las mejores creaciones musicales de Donizetti y sin embargo requiere para su perfecta ejecucion, que la artista encargada de ella posea dotes especiales como cantante y como actriz. En lo general sus cantos son altamente dramáticos, por lo que se necesita una acentuacion enérgica al par que apasionada; y en algunos pasajes, especialmente en el duetto de

triple y tenor del último acto, puede y debe llegar el artista hasta la inspiración; tal es el encanto celestial que encierra la bellísima melodía, *Il suon dell'arpe angeliche*. En cambio para la cavaletta del aria del primer acto, son cualidades necesarias, una gran agilidad, una vocalización esmerada y la mayor delicadeza en la emisión de la voz al ejecutar ciertas *floritures*, unido todo esto al más exquisito sentimiento: en el gran concertante del final segundo, no basta poseer por completo el verdadero arte del canto, para interpretar debidamente el magnífico *Andante*, es preciso además reunir grandes facultades como actriz, para poder producir el efecto apetecido.

Ahora bien, podemos confesar ingenuamente, que para demostrar á nuestros lectores las dificultades que encierra esta partitura y darle á conocer los requisitos indispensables para cantarla, no hemos hecho otra cosa que trasladar al papel sencillamente lo que ejecuta la eminente artista señora Penco.

Acentuación enérgica y apasionada, sentimiento exquisito, vocalización perfecta, agilidad estremada, inspiración sublime, todo en fin, todo cuanto pudiera desear el más exigente. ¡Que mucho que el público de París se haya electrizado siempre oyéndole cantar el *Poliutto*! Es un público demasiado inteligente para no haber sido justo; ¡pero á qué hablar de París, cuando entre nosotros ha producido el mismo entusiasmo desde la primera noche que lo ejecutó, particularmente el día de su beneficio! Ya que hemos nombrado su beneficio, justo será que consagremos algunas líneas á esta inolvidable fiesta musical, que tan gratos recuerdos ha dejado á todos los verdaderos amantes del arte. Los dos primeros actos de *Norma*, el vals de Venzano y el último acto del *Poliutto* componían la función de gracia escogida por la célebre artista.

El numeroso público que llenaba todas las localidades del coliseo colmó á la inspirada artista de coronas, flores palmas y estrepitosos bravos y aplausos, homenaje debido á su talento, expresión entusiasta de un pueblo culto que sabe distinguir el verdadero mérito, premiándolo en lo que vale; ovación espléndida, magnífica, que honra tanto al artista que la recibe como al público que la dispensa. Nosotros amigos de todo lo grande, de todo lo bello, unimos nuestros aplausos á los de la multitud entusiasmada y como una débil muestra de admiración, la redacción del *Sancho Panza* encargó á nuestro apreciable director el joven poeta gaditano don Víctor Caballero y Valero la composición de un soneto dedicado á la señora Penco, la cual aceptó con suma galantería nuestra humilde dedicatoria, al recibir el primer ejemplar de nuestras manos. Como creemos que nuestros lectores tendrán una satisfacción en conservarlo, lo insertamos á continuación.

LA REDACCION DEL SANCHO PANZA.

Á LA EMINENTE ARTISTA

SRA. ROSSINA PENCO.

SONETO.

—A tu génio el señor le dijo un día:
—Hoy le concede al mundo mi grandeza
Quien del arte demuestre la belleza
Y sus dones le robe á la armonía.

El ángel seductor de la poesía
Te prestó su donaire y gentileza,
Y escuchando tu voz naturaleza
Tu inspiración gigante bendecía.

Las musas á tu vista se estasiaron,
Las aves á tu canto enmudecieron,
Las flores sus perfumes te brindaron,

Los celestes querubenes sonrieron,
Atónitos los pueblos te escucharon
Y al génio del Creador, en tí aplaudieron.

Pésele á quien le pesare la ovación que se ha hecho á la Sra. Penco, ha sido justa, justísima, y prueba que el público de Cádiz no ha perdido aun del todo ese buen gusto,

ese criterio de que tantas muestras tiene dadas en épocas anteriores, harto lejanas por desgracia.

Reciba, pues, la eminente artista nuestra más cordial felicitación y cuente que su nombre quedará siempre grabado en el corazón de los que hemos tenido la dicha de admirarla.

Dulcinea del Toboso.

MESA REVUELTA.

Yo quisiera pedirle un favor al Excmo. ayuntamiento, pero... me da vergüenza.... Si yo pudiera prescindir de esta quisi-cosa inútil, le diría al Excmo. lo siguiente: Excmo. Ayuntamiento: en la calle de la libertad frente á la idem de Sta. Lucía, hace dos semanas que la tapa del husillo de dicha calle se las ha *guillado* al fondo del referido husillo (estamos) y ha quedado el husillo con la boca abierta esperando que un cristiano no lo vea y se hunda. Yo quisiera saber si se espera á que se hallan caído dentro del husillo dos ó tres personas para taparlo después.

¿Será cosa que escriba yo la historia de un husillo contada por una rata?

Hay en Cádiz un negrito que se llama Lino, el cual tiene una lengua que asusta a los loros borrachos y un surtido de palabritas decentes que desesperan á los más severos satélites de la prostitución. Este negrito tiene la costumbre cuando le vé el fondo á una botella de caña, de plantar sus reales en una de las calles más públicas de esta población, y la de insultar á las señoras y la de poner como ropa de pascuas á los transeúntes.

No ignoro que la autoridad lo desterró de Cádiz; como se vé, el negro no teme al destierro. No sería malo que lo enviasen de embajador á Santo Domingo.

—¿Qué hora es? le preguntó un granuja á un caballero de gran bigote y gran cadena.

—Las seis y media, contestó el caballero.

—Señor, si son las tres, repuso el muchacho.

—Eso no le hace, chiquillo, yo estoy arreglado con el reloj de Santiago, y tengo de diferencia 24 horas.

Ya he dicho más de una vez que soy imparcial en todo. Por eso mismo voy á hablar bien de los coros que cantaban en los patios de las casas principales de esta ciudad, los aprovechados alumnos de la «Sociedad de Santa Cecilia» hace tiempo que descaba ver una estudiancilla que honrase á las fiestas de Carnaval, y gracias á Dios que lo he conseguido, estos jóvenes, bien vestidos y bien educados, han llamado la atención del público con justicia.

Los coros están perfectamente ensayados; si el señor Clavé hubiese oído algunas de sus inspiraciones, estoy seguro que hubiese aplaudido á los jóvenes de «Santa Cecilia» como los aplaudió SANCHO PANZA.

Uno de estos jóvenes llevaba una handera con un lema que decía «aficionados» he aquí a la modestia, cantar bien, sentir lo que se canta, no olvidar ni un momento las reglas de la buena educación y llamarse aficionados cuando se puede ser maestro de muchos que se dan tan pomposo nombre y no merecen el de aficionados, es hacerse digno del aplauso público, y de los elogios de la prensa.

Jóvenes, seguid cantando
y pues que no lo haceis mal.

Jóvenes, seguid matando
los coros del Principal.

Segun noticias vá á publicarse en Madrid, un periódico festivo, titulado *Las circunstancias* el cual será re-

dactado por uno de nuestros mas distinguidos colaboradores.

Cuando reciba el primer número me ocuparé de él, con la detencion que requiere *Las circunstancias* en el siglo actual: mientras tanto le deseo

Que cuando salga á la calle
mil suscritores encuentre,
que los sábios lo bendigan,
que los tontos los respeten,
que al verlo el fiscal de imprenta
diga que pase muy alegre,
que las niñas lo protejan,
y las viejas lo celebren.

Señores, ¿tienen ustedes plata? Yo tengo una porcion de billetes de banco y no tengo una peseta, ustedes dirán: ¿qué hace el banco? eso digo yo: ¿qué hace el banco? El banco no hace nada, ha reñido con los carpinteros, vayan ustedes á buscarle tres pies al banco, el clamor general ha llegado hasta mí y prometo estudiar la cuestion y ó tenemos plata y oro ó veremos quien lleva el gato al agua, como dijo el otro.

Pues no faltaba mas.

He visto el magnífico ejemplar de la crónica del viage de S. M. que el editor don Eduardo Gautier dedica á tan augusta señora; la parte tipográfica es excelente, la encuadernacion no deja nada que desear, el riquísimo broche que cierra el libro es una obra maestra construido por el distinguido artífice señor Ramirez, no es esta la primera vez que tengo el gusto de ocuparme de los notables trabajos de este laborioso hijo de Cádiz.

El libro en cuestion es digno de la ilustre señora á quien está dedicado, felicito al amigo Gautier cordialmente y celebro que S. M. lo haya nombrado librero de su real casa. Ahora que me acuerdo, han de saber ustedes que tambien he visto en la librería de Gautier una magnífica edicion francesa de las aventuras de mi amo y señor don Quijote, ilustrada por el célebre Gustave Doré. Allí estoy yo riéndome de los tontos de la cabeza, mas alegre que un hombre que ha conseguido que le cambien un billete de dos mil reales en buena moneda. Allí están mis dichos, mis refranes y mis habladurías en el rico idioma de Voltaire. ¿Quién será el bestia que no diga ahora que yo soy un hombre grande?

¿Cuándo querrá Dios que tengamos en castellano una edicion del don Quijote por el estilo de la edicion francesa?

El señor gobernador de la provincia de Murcia, ha dejado sin dentadura á *El Sacamuelas*, periódico satírico que se publicaba en dicho punto. Se llevó al *Sacamuelas* y mandó desbaratar las formas en presencia de los agentes de la policia.

Siento el percance que le ha ocurrido á mi desdichado colega.

¿Quién por sacar una muela
no pierde la dentadura?

Señores, me desconsuela
esa muerte prematura,
del pobrecito de mi alma *Sacamuela* que se publicaba
(en Murcia).

Ustedes dispense que este último verso haya salido tan largo, el dolor que experimento no me permite contar las sílabas.

El dia primero del próximo Marzo saldrá á luz el primer número de *Don Junípero ó el Imparcial tauromáquico*, periódico de bromas, toros y actualidades, dirigido por *Sancho Panza*. Creemos que el público de Cádiz acojerá con gusto esta publicacion.

Se ha acercado á nuestra redaccion un sugeto y nos ha dicho que el Banco de Cádiz tiene la culpa de que no se haya casado con su adorado tormento.

Yo me asusté: lo primero que se me ocurrió fué el creer que el Banco de Cádiz está en contra de la sagrada institucion del matrimonio. Despues me enteré y salí del susto: el lance es el siguiente.

El novio tenía un billete de 4,000 reales y fué á tomarse los dichos.—Si trae Vd. papel no hay dichos—le dijo el notario—fué el novio al mueblista—si trae Vd. papel no hay muebles—fué al establecimiento de camas de hierro—si trae Vd. papel no hay lecho nupcial—fué al consistorio—si trae Vd. papel no hay lazo—Sres. dijo el novio—será mi dinero papeles mojados—y zas! se fué al Banco.—Lo mrs que se le puede cambiar á Vd. son 500 reales—le dijo el Sr. que cambia—pues estoy fresco, dijo el novio y en su desesperacion se comió el billete y renunció á la dicha de casarse. Yo le he escrito el siguiente semi-epitalamio.

Soy un jóven soltero
que me quiero casar con la que adoro.
Como tengo en billetes mi dinero
quien me puede servir, me pide oro.
*Hoy amigo lector, te comprometes
como quieras casarte con billetes.*

Estoy divertido, el gallego que lleva el agua á mi casa me presentó la cuenta de quince cuartos le di un billete de cien reales para que se cobrara: el hombre se puso negro, le dió un sofocon y está en cama.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Cádiz, en la imprenta de *La Ilustracion Gaditana*, calle de San Miguel, número 18.—**CORRESPONSALES.**—Madrid: don José María de Guzman, calle de Santa María, número 3, cuarto segundo, derecha.—Málaga: don Francisco de Moya, Librería Universal, Puerta del Mar, número 15 al 22.—Jerez: don José María Moliné, Tornería, número 1.—Sevilla: Sres. hijos de Fé y compañía, librería, calle de Tetuan, número 19.—Puerto de Santa María: don Francisco Cañas, librería, calle de Palacio.—Las Palmas de Gran Canarias: don Amaranto Martinez de Escobar, administrador del periódico *El Pais*.—San Fernando: don Ildefonso Antonio Ruiz, calle de San Eduardo, número 17.—Vejer: don Eugenio Pradier.—Sanlúcar: don Inocencio de Oña.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Este periódico se publica los dias 8, 16, 24 y 30 de cada mes.—En Cádiz, 6 reales al mes, y 5 recogido en el despacho.—En provincias 20 reales trimestre adelantado.—En Ultramar, 25 reales trimestre adelantado.—Un Número suelto 2 reales.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

CADIZ 1864—ILUSTRACION GADITANA, San Miguel, 18, r
á cargo del mismo.